EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados.....,, 4 50 ,, ,,
En las Repúblicas del Sur y Centro América.....,, 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO IX. —NÚM. 15

MÉXICO, 9 DE OCTUBRE DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
Un periódico mercantil y de noticias.
La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

FRANCISCA PREVOST
Prima donna soprano absoluta ligera del Teatro Nacional

LA MUJER EN COSTA RICA.

> Para escribir de la mujer, es preciso empapar la pluma en los colores del arco iris, y esparcir sobre los renglones el polvo de oro que sueltan las alas de la mariposa. La pluma del escritor no debe destilar sino perlas.
>
> DIDEROT.

ALLÁ en las profundidades nebulosas de la historia, en aquellos tiempos inmemoriales en que todo andaba á la buena de Dios, se consideraba á la mujer como un sér inútil y vivía sujeta al yugo de la más infame tiranía, y hasta se llegó á dudar de que tuviese alma.

Atroz blasfemia! á la cual han respondido los siglos posteriores con un terrible mentís, porque la mujer ha venido á probar que, si no puede igualarse al hombre en sus facultades y derechos, sí puede nivelársele en ilustración y cultura, y que tiene como él, un cerebro en que se caldean las grandes ideas y un corazón magnánimo y generoso, capaz de cualquier sacrificio. Y si aun después ha sido víctima de los ataques de la Iglesia y de los no menos funestos errores de la ignorancia, justo es confesar hoy, con toda la sinceridad del alma, que hay una distancia inconmensurable entre aquellos tiempos y éstos; que la mujer de ayer no es la de hoy; que los horizontes que se presentan á su vista no son ya oscuros y limitados, y que si no está completa todavía la obra sublime de su redención y engrandecimiento, hay que esperar que el sol de la civilización aparezca más radiante en el cielo de la patria universal, y que se depuren las conciencias de todas esas larvas, hijas del egoísmo y de la envidia, y de todas esas bajezas que traman los hombres de la noche para obstruir su paso, y entonces la emancipación absoluta de la mujer será una conquista definitiva y habremos entrado en un período lleno de gloria y prosperidad.

Pero no pretendamos traer á la memoria recuerdos tristes de la mujer, ni lo que ella significaba antiguamente: cubramos con un velo aquel período de la noche, y gloriémonos sólo al recordar que la mujer de hoy es la reina de la familia y el alma de la sociedad, y que la balanza del hombre se está ya equilibrando con la de ella; pues si el hombre arranca aplausos al mundo y la gloria le ciñe inmortal diadema, la mujer es también admirada y aplaudida; la Fama no permanece muda, coloca sobre su frente el laurel de la inmortalidad y hace que su nombre resuene por todos los ámbitos de la tierra!

Hoy la mayor parte de los pueblos civilizados han visto en ella una verdadera fuente de moralidad y cultura, y se inclinan con admiración y respeto ante las bellezas mil que la adornan, y han comprendido también que la mujer es digna de tomar parte en el gran banquete universal, y que á su poder misterioso han brotado siempre las mejores creaciones del arte y la poesía.

Prescindiendo de otras consideraciones, veamos cómo se expresa un escritor colombiano acerca de la mujer americana y de su influencia en la sociedad:

«En los Estados Unidos de América, que hoy forman la República más grande y poderosa, se consagra tal cuidado á la educación de la mujer, que ésta desempeña el papel más importante en esa sociedad, en términos que puede decirse que la extinción de la esclavitud fué obra de ella, pues armada con sus armas poderosas, la oración y la súplica; orando en el templo por la mañana, y en su casa rodeada de su familia por la noche, rogando á sus esposos, á sus hermanos y á sus hijos: asistiendo al *meeting*, redactando y sosteniendo periódicos. . . . no cesó en su obra evangélica hasta que cayó la esclavitud, ese Crimen Nacional como ella le llamara.»

Si esta abolición es una de las páginas más brillantes que tiene la historia de Norte América, creemos que su triunfo fué debido, en gran parte, al carácter varonil y á la pluma inspirada de Mistress Stowe Beecher, la simpática autora de La Cabaña del Tio Tom, cuyas páginas han sido escritas con el corazón, según la expresión de Alfredo de Musset.

No hay más que leer algunos párrafos de este interesante libro, para admirar allí un estilo sencillo y lleno de sentimiento, una imaginación fogosa, y, sobre todo, un corazón que late sólo por la libertad de los que sufren el yugo de un cruel infortunio.

Un distinguido compilador chileno, dice que si el inmortal Lincoln sacrificó su vida en aras de la patria y concluyó con la esclavitud de su país, Mistress Stowe ha tenido mucha parte en la abolición de esa esclavitud, disparando contra ella el primer cañonazo.

Tal fué el éxito maravilloso que alcanzó su libro, que pudo casi por completo cambiar la faz de un pueblo.

El paria se convirtió en ciudadano.

La Cabaña del Tio Tom es tan universal como Don Quijote, y ha sido traducida en todas las lenguas vivas, y se han hecho de ella numerosas ediciones en todos los países.

Si tal es la influencia de la mujer en la sociedad, ¿cuál no será su poder cuando pone al servicio de una causa noble, como Mistress Stowe, su vida, su corazón y sus lágrimas, porque ya todos saben lo que puede una mujer que llora?

Tenemos, pues, que la influencia de la mujer es de suma importancia en la sociedad, y que ver por su educación y cultura, es seguramente dar un gran paso y llamar á las puertas de un positivo adelanto.

Pero es preciso que hagamos abstracción de la mujer en general, y que nos concretemos únicamente á la mujer de Costa Rica, que es el objeto de nuestro artículo.

Aunque hay verdades que no se pueden decir muchas veces por amargas, tenemos hoy que confesar una, aunque con dolor de nuestra alma, y es que la mujer de Costa Rica todavía no llena las aspiraciones de todos los que deseamos para ella un porvenir venturoso y una posición al presente que cuadre mejor con los adelantos del siglo.

Y por ésto no se diga que pedimos peras al olmo, pues creemos que la mujer de nuestro país, por medio del trabajo y la aplicación constante, puede llegar á alcanzar un alto grado de cultura y recibir una educación fina, en la verdadera acepción de esta palabra.

Algunos padres de familia se forjan la ilusión de creer que con dos años de colegio ya es suficiente para que una señorita adquiera una buena educación y los conocimientos necesarios para llamarse instruida, sin acordarse tal vez de que durante ese tiempo no hacen más que saludar á la ciencia y preparar sus facultades para entrar en estudios de alguna importancia.

La mujer necesita de una educación, si no completa, por lo menos bastante adelantada, y para ello es preciso que visite el colegio siquiera seis años y de una labor constante.

Recuerdo que una vez decía con mucha gracia una señorita de esta capital, que cómo querían que ellas se educaran bien, si cuando apenas cumplían quince años ya las sacaban del colegio y no volvían jamás á tocar un libro ni á estar al corriente siquiera de las noticias del dia.

Y ciertamente, son muy pocas las señoritas que después que salen del colegio toman un libro y se ponen á estudiar, ó por lo menos á recordar lo que han aprendido. Se entregan por completo á los paseos, los bailes, las modas, á todo aquello que está bajo el dominio de los sentidos, y no se acuerdan de que están perdiendo un tiempo precioso, pudiendo aprovecharlo en cosas útiles que puedan servir para lo futuro.

Se nos dirá que están en el período de las ilusiones, y que es muy natural la alegría de una señorita cuando asoma á las puertas del mundo y que va á lucir sus gracias; pero éste no es un motivo poderoso para que abandonen los estudios; y de ahí que al poco tiempo se les olvida casi todo y no se apuran gran cosa por recuperar lo perdido.

Si la mujer gusta siempre por su hermosura, más debe llamar la atención por su educación y por su fondo moral.

De nada sirve que una mujer sea una verdadera maravilla, tan linda como una estrella, si no tiene una buena educación, esta prenda tan bella y que tanto cautiva al hombre.

El hombre sensato se inclina más ante la corona del talento que ante el poder de la hermosura.

Hace algún tiempo que un amigo nuestro habló en una disertación acerca de la posición de la mujer en Costa Rica. En cierta parte y con razón, echaba la culpa al hombre, que ha mirado siempre con mucha indiferencia el porvenir de la mujer, sin duda porque ignora que la importancia y moralidad de un pueblo depende en gran parte de la educación que se le de á la mujer y de las consideraciones con que se la mire. Y hasta tal extremo llega nuestra indolencia, que permanecemos sordos ante la voz de nuestra misma conciencia, que nos hace tremendos cargos, y nos dice que la mujer está llamada á desempeñar un papel muy importante en la sociedad.

Nosotros creemos que una vez que se eduque á la mujer de nuestro país bajo principios sólidos y duraderos, que sus sentimientos se desarrollen sólo al calor del bien y bajo el sol de la libertad, que se la sorprenda con algo nuevo de vez en cuando y que pueda servirle de estímulo, entonces se levantará gentil y encantadora de la tumba del olvido, y aparecerá en la escena

social radiante y alegre como el cielo de la hermosa Italia, la hija encantadora del Adriático, con toda la savia y el espíritu del siglo, con un alma impresionable por todo lo bello, por todo lo grande, por todo lo heroico, y con un corazón dispuesto siempre á hacer el bien, que sabrá compartir mejor con el hombre sus penas y alegrías, como también sus triunfos y derrotas, y, cual otro Mentor, señalarle el camino que debe seguir para llegar á puerto seguro.

No es ilusión lo que á nosotros nos hace expresarnos de este modo, pues tenemos la firme creencia de que la posición de la mujer en Costa Rica cambia en todas sus fases, si alumbra para ella otro sol, si nos proponemos estimularla, instruirla mejor y hacer que las necias preocupaciones sociales desaparezcan completamente, y que tengamos siempre para ella la benevolencia y el aplauso.

Triste es ver, por cierto, una juventud rebosante de vida y con deseos de sembrar en su corazón la semilla del bien y bañar su inteligencia en la luz de la verdad, y no poder realizar sus aspiraciones porque la crítica fría é inexorable extiende sobre ella sus alas de fuego y quema muchas veces en flor las más risueñas esperanzas. Y ésto es tan cierto, que basta solamente tratar de este asunto para que alguien diga que la mujer de nuestro país no necesita de gran cosa, que para estar en la casa no necesita de ser *bachillera* y que con medio aprender á bailar y cantar algo, confeccionar con más ó menos habilidad un traje de color de cielo, y ataviarse lujosamente y con cierto salero, ya tiene suficiente para llamar la atención de todos y quedarle bien al galán que la requiebra, sobre todo para brillar en los salones y en el teatro como estrella de primera magnitud.

¡Aberración imperdonable, opinión triste de ella!

La mujer puede brillar en casi todos los ramos del saber humano, y desea ver ceñida su frente con esa aureola inmaculada que tanto engrandece y diviniza.

Por lo demás, la mujer de Costa Rica es bella y seductora, y tiene en sus ojos no sé qué iris de melancolía como revelando un alma grande y generosa.

Prepárese pues á la lucha, que si todos la ven con deseos de otros horizontes y de otra luz para su inteligencia, todos la aplaudirán y su iniciativa encontrará eco en los corazones sinceros y bien intencionados. Prepárese, pues, que ya es tiempo de que haga á un lado las preocupaciones que tanto la mortifican, y se entregue con ardor y entusiasmo á atesorar conocimientos para que más tarde digan de ella otra cosa y pueda desengañar á aquellos que decían que su inteligencia no era accesible á los estudios y que era nacida sólo para el hogar. Entonces abrigue la esperanza de que un porvenir risueño le está reservado á sus ojos, y que bien temprano no faltará quien premie con justicia su laboriosidad y su talento.

Esto de decir que la mujer está condenada al hogar, es un error muy grande y sólo puede comprenderse en almas de pasiones mezquinas y de un egoísmo sin límites. Esta es una ofensa, si se quiere, al bello sexo. Y si penetramos más allá, cualquiera que viera con desdén á la mujer, con ese desdén propio de las almas raquíticas, y que no le importara que lo más sagrado de ella, como es su virtud, rodara al abismo insondable de la desesperación y la miseria, no haría otra cosa que degradarse á sí mismo, porque la mujer es alma de nuestra alma, pedazo de nuestro corazón, luz de nuestros ojos, el solo estímulo para las acciones generosas y para convertir al hombre en héroe ó monstruo, lo que ella quiera, y porque no puede el hombre, según dice Sócrates, prescindir de la mujer, y su unión es tanto más útil cuanto que el uno tiene en sí lo que le falta al otro.

Nosotros trataremos, siempre que podamos, de asuntos referentes á la mujer; procuraremos inclinarla á la lectura de obras instructivas y cuyos principales argumentos sean la virtud siempre premiada y el talento que todo lo domina, y que deje en el fondo del alma una saludable lección moral.

La mujer así educada, sin trabas, con más libertad, dando alas á su inteligencia y entusiasta por todo aquello que tienda al mejoramiento de su condición en Costa Rica, creemos que sólo así conseguirá un triunfo completo, y veríamos en ella, no una mujer simplemente, sino el hechizo más pulido y delicado que salió de las manos de Dios, y tendríamos entonces que mirarla con más respeto todavía, porque en ella estarían reunidos todos los atractivos y bellezas que un hombre podría apetecer.

ALBERTO RODRÍGUEZ.

San José, 1887.

UN BAILE EN CASA DE LOS SEÑORES DE PRIDA.

Le beau monde mexicaine espera siempre con impaciencia la llegada de San Francisco, no por devoción al santo, sino por devoción á la familia Prida.

Los Franciscos tienen la misión de ser ilustrados y galantes; el Sr. de Prida sabe cumplir esta misión. Recordad que los franciscanos fueron denominados *Caballeros de la Virgen*, que un San Francisco perteneció á la nobleza, y que otro llenó la Edad Media con el prestigio de su sabiduría.

No veais en las precedentes líneas una amenaza de panegírico, tranquilizaos: más que empeño en hablar del ilustre santo, tengo empeño en describir la espléndida fiesta con que nos ha obsequiado en su dia onomástico, el amable Sr. D. Francisco Prida.

Su casa hallábase adornada al estilo veneciano, y para que nos forjáramos la ilusión más completa, el Sr. Prida rogó á la diosa Chalchiutlicue, nos convirtiera la calle en lago. La decoración fué tan perfecta, que Sieni podría envidiarla para las nuevas obras que prepara.

El palacio de Prida parecióme digno de un Dux: la escalinata de blanco mármol no faltaba, transformóse la góndola en *landau*, y el gondolero en auriga de sombrero jarano.

Si viviera el fastuoso Moctezuma, su canoa de remos de oro, cual la nave de Cleopatra, hubiera suplido á la góndola con más ventaja que el carruaje, y las argentinas sandalias que usaban las reinas aztecas hubieran brillado más que nuestros zapatos de raso blanco. Pero dejemos á los tenochcas, pues diviso á Chavero entre los contertulios, y se amostazará si me ve espigar en su campo. No porque tenga yo la manía de lo retrospectivo debo hablaros de arqueología, ó de fósiles vegetales ó zoológicos, cuando se trata de una floresta donde reinan auras primaverales. Además, muchos de mis lectores sonreirían sarcásticamente si yo confesara mi *arqueomanía*, y digo confesar porque la han de juzgar culpa. Paréceme oirles decir que los hijos del siglo XIX, siglo de la impiedad, abandonamos el templo para buscar el *teocalli*, que los hijos de esta época, de duda, nos jactamos de incredulidad y ponemos en moda la arqueología, que es la ciencia de la fe. Si antiguamente se decía creyente como un anacoreta, hoy algunos dirán creyente como un arqueólogo. Perdonad la digresión y penetrad conmigo en el Edén de los Sres. Prida. La señora de la casa recibe á los invitados con una distinción digna de la Marquesa Rambouillet, famosa por su habilidad en el arte de la etiqueta. Mientras los amables hijos de los Sres. Prida conversan con los caballeros, Josefina, Enriqueta y Trini se centuplican para obsequiar á sus amigas. Vedlas envueltas en nacaradas gasas distribuyendo sonrisas como distribuye dones la felicidad: deteneos un momento, y en ese Océano de luces, armonías, perfumes y colores, podreis admirar la elegancia de Josefina, la muy aristocrática figura de Enriqueta y la gracia juvenil de Trini.

Avanzad en el gran salón y vereis á la Sra. de Corona; un escultor creería que acaba de abandonar el Parthenón con permiso de Fidias para que desarrolle con su presencia el sentimiento estético y forme una escuela en el sublime arte de *Lisipo*. Agrúpanse en torno de la Sra. de Corona las simpáticas damas Noeggerath de Garrido, Cervantes de Schiaffino, Juárez de Santacilia, Ferrer de Gamboa, Veraza de Vallejo, Acho y Obregón.

No lejos de ellas diviso á la bella Sra. de Arroyo de Anda, rubia como Ceres, como la Eva de Milton, como las Magdalenas de Leonardo de Vinci.

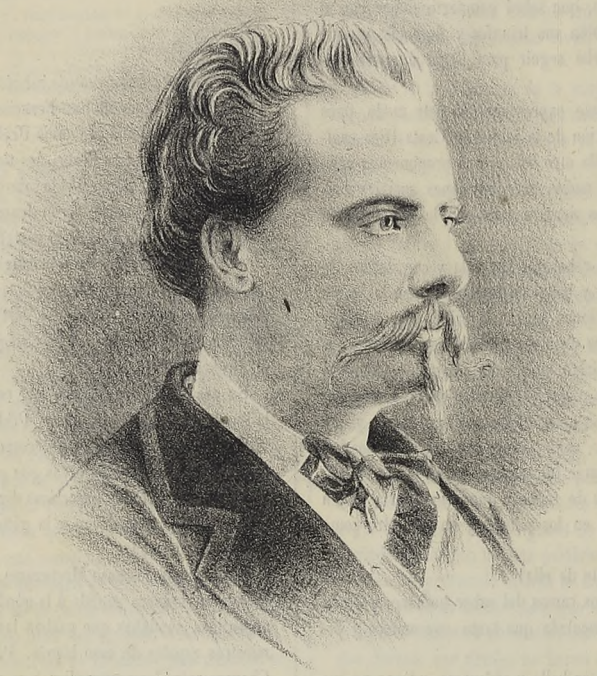
La inteligente Elena Mariscal de Limantour viste una toilette intachable: ella podría preguntar, cual Soledad Juárez, á la diosa de la moda: ¿qué es elegancia? la diosa le contestaría: *elegancia eres tú.*

Varias jovencitas lucen trajes Pompadour, pero entre estos trajes el más lujoso es el que ostenta María Schiaffino. Las flores que puso en moda, en el reinado de Luis XV, la célebre marquesa de Pompadour, parecían haber brotado espontáneamente sobre el traje de María, recibiendo el perfume al ser acariciadas por su nívea mano. A María se le puede decir como á Juana Antonia Poisson:

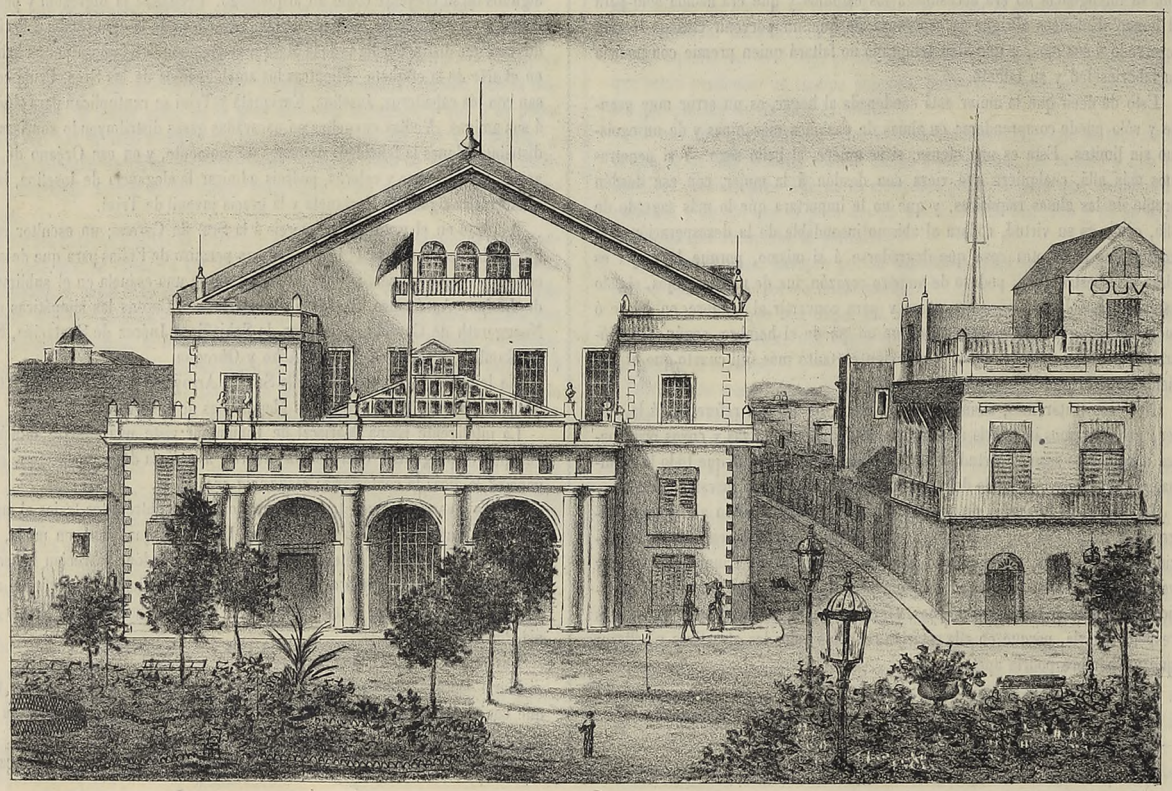
Les fleurs naissent sous ses pas.

María Corona, Sarah Chavero y Clara Gamboa, con sus vaporosos trajes que copian las espumas de las olas, parecen azucenas cimbrándose en su tallo, al recibir el beso de los céfiros.

Oigo la voz de Lola Garay y me detengo á escucharla: sucede frecuente-



ALEJANDRO CASARÍN
Notable pintor mexicano



TEATRO «TACÓN» EN LA HABANA

EXCURSIÓN Á SAN JUAN DE TEOTIHUACAN

Los Ministros de Francia y Alemania acompañados del arqueólogo Batres

mente al contemplar á una hermosa, que es preciso renunciar al placer del oído por el de los ojos; con Lola Garay no hay tal peligro, sus frases cautivan, su rostro encanta.

¿Quién es esa joven de tan lindos ojos?—pregunto al ingeniero Garay—y me contesta: *Mercedes Dublán.* Los ojos de Mercedes no son árabes, ni de gacela, como diría un poeta oriental: son mexicanos. Este es el mayor elogio: los ojos mexicanos saben mirar. Preguntadlo á los admiradores de María Santacilia: alguien ha comparado los ojos de esta hermosa niña á dos luceros. Protesto: en los luceros sólo saben leer los astrónomos, y en los ojos de María Santacilia leen los astrónomos y los poetas. Cada mirada de María es una oda que debiera haber traducido Dante para que no se inmortalizara Beatriz.

Trinidad Tagle viste el color de las nubes en un sereno dia estival. A las Sritas. Azpe y Veraza la aurora las engalanó con su manto ó con su clámide, como diría un pollo romántico que yo conozco.

Resumiendo, la fiesta fué tan amena, que todos los invitados tratan de firmar una solicitud pidiéndole al Sr. de Prida la repita. La concurrencia fué numerosa y escogida, lo cual no extrañarán cuantos conozcan el respetable nombre del anfitrión, uno de los españoles más distinguidos que han venido á América.

No terminaré sin participar á mis lectores de los Estados que cuando lean estas líneas se habrá verificado ya el matrimonio civil de la Srita. Dolores Corona con el Sr. Fernando Camacho. Se ha fijado la ceremonia religiosa para el dia 15 del actual. Ofrece hablaros de tan solemne acontecimiento

C. G. de F.

EL AUTÓMATA.

El dia de su cumpleaños
Cierto veleidoso niño
Recibió, entre mil obsequios,
Uno de gusto exquisito.

Representaba el juguete
Personaje apuesto y rico,
Que atinado se movía
Como dueño de sí mismo.

Paseábase por la alfombra
Con seriedad y sin ruido,
Moviendo cabeza y brazos
Con ceremonioso estilo.

Ufano con su muñeco
El nervioso jovencito,
No cesó de darle cuerda
Cada vez con más ahinco.

Y tanto hizo el imprudente,
Que destruyó el mecanismo,
Origen del movimiento
En su autómata querido.

El cual en muy breve tiempo
Deslustrado y paralítico,
Quedó como inútil trasto
Arrumbado en el olvido.

Es un autómata el hombre
Cuando en las manos del vicio
Abdica sin resistencia
Todos sus nobles prestigios.

Antonio Revilla.

Setiembre 28 de 1887.

LOS HOMBRES ELÁSTICOS.

Aquí, como en toda tierra
De proclamas y jaleos,
De discursos y de empleos,
Poca luz y mucha guerra,
Hay buenos mozos y feos
De tal temple y calidad,
Que si *les estiran* son
De alta representación
Por pura elasticidad.

Verbigracia, Don Gaspar,
Hombre *amante del progreso*
Y que, dicho está con eso,
Conocido tiene el mar
Como yo el Peloponeso.....
Por la voluntad *genuina*
Del popular Presidente,
Resulta *elásticamente*
Secretario de marina.

Igualmente, Don Platón
Que, tras mil habladurías,
Nos trajo *gloriosos* días
De plena revolución,
En que halló *por varias vías,*
Modo de pasarla bien.....
Al cesar la tremolina
Se va de Cónsul..... á China
Porque elástico es también.

Asimismo *Don Prudente,*
De pericia tan sutil,
Que en su vida varonil
No se vió probablemente
Donde sonara un fusil.....
En soplándole fortuna
Es, *por voto nacional*
Elástico General
De milicias..... en la luna.

Y el hermoso *Don Feliz,*
Joven recto como un huso
Y que gafas siempre puso
Sobre su pulcra nariz,
Como es entre sabios uso:
Si á su turno pide empleo.....
Por su talle de doctor,
Se le estira á Tenedor.....
De los libros de Morfeo.

Otros sin ó con razón
Critican con gran placer,
Porque no han logrado ver
Quien *les aplique un tirón*
De esos que hacen florecer.....
Mas si, *por casualidad,*
Se les depara un empleo,
Se dicen: *nada de feo*
Tiene la elasticidad!

Enrique W. Fernández.

Bogotá, 1883.

MI BELLO IDEAL.

En el Álbum de la Condesa de Casa-Sarría.

Yo busco una mujer que sepa amar
Y llegue mi cariño á comprender,
Un sér que confundido con mi sér
Me haga el mundo y sus glorias despreciar.

Unos ojos de angélico mirar
Que del alma el afán logren leer,
Y un corazón que al darme su querer
No llegue sus promesas á olvidar.

Yo busco, en fin, un ángel de candor
Que calme de mi pecho la inquietud
Y torne en alegría mi dolor;

Un sér rico en cariño y en virtud,
Que viva siendo el cielo de mi amor
Y muera orando al pie de mi ataúd.

Madrid, 1887. Carlos Cano.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

Trascurrió algún tiempo; una mañana que se había levantado más temprano que de ordinario, para recibir el correo fuera del lecho, Clotilde le entregó tres cartas. Miró los sobres de ellas, y conociendo por el sello de Italia, la carta de Mantua, dejó las dos que eran de personas que no le inspiraban gran interés, y deslió precipitadamente la que llegaba del país donde residía su padre.

Calmada su impaciencia, empezó á reflexionar sobre el contenido de la carta.

—Estoy asustada, exclamó haciendo verbal su muda meditación.

Tia Clara me anuncia su venida á la capital de España, y no me habla una palabra de papá. No me explico ésto. ¿Cómo deja á papá estando tan enfermo? ¡Imposible! Papá, según me anunció tia en la última carta, se encontraba muy malo. En este estado, no es fácil que se haya puesto en camino; dejarlo allí es más difícil; no hacer mención de él es todavía más extraño, luego algo terrible pesa sobre mí.

Sí; una desgracia nunca viene sola; el silencio de tia Clara me revela que papá ha dejado de existir. No hay duda: en la avanzada edad de mi padre pocos enfermos sanan del pecho. Mi pobre padre estaba tísico; ahora lo comprendo todo, los médicos lo mandaron á Mantua, porque no lo viera yo morir. El sistema de los médicos es quitarse de delante á los enfermos cuando los creen incurables. ¡Oh sí, mi padre ha muerto! Si se tratara de alguna dicha la pondría en duda, mas tratándose de una desventura no puedo dudar. Sola, Dios mío, sola. ¡Qué triste es la soledad! Ya no puedo saber de mi padre hasta que tia llegue: me dice que está en camino; pronto llegará.

Un siglo me parecerá el tiempo que invierta en el viaje.

¿Cuándo vendrá? Me indica que no salga á esperarla, que la conducirán aquí.

¡Qué dolorosa va á ser la impaciencia mía: ¡qué amarga inquietud! ¡qué febril ansiedad!

La Providencia me anuncia este fúnebre suceso con anticipación, para que me prepare á él.

Debo resignarme, mi padre ha bajado al sepulcro, porque es la última morada que todos tenemos que habitar.

Este acontecimiento debía esperarle, nadie es eterno, y mi padre marchó á Mantua, viejo y enfermo del pecho. ¿Qué remedio me queda? Acatar la voluntad del Omnipotente, respetar sus designios, y esperar tiempos más prósperos.

Victorina se había familiarizado bastante con el infortunio, era una naturaleza privilegiada que no se abatía por la adversidad. Estaba connaturalizada con el sufrimiento, parecía tener el alma templada para el pesar.

Por fin llegó el momento de averiguar la amarga realidad.

Pocos dias habian pasado desde que Victorina recibió la carta de su tia Clara, cuando un carruaje de los que están al servicio de ferrocarriles, se paró ante el palacio del conde de Champ-Fleury.

La condesa estaba terminando su toilette, ayudada de Clotilde: una criada pidió permiso para entrar, y habiéndosele concedido, anunció que una señora quería pasar á ver á la condesa, aunque se hallara en el tocador.

Victorina, que aguardaba á su tia Clara de un momento á otro, comprendió por el recado que había llegado ya. Se puso en pie súbitamente, se dirigió hacia la puerta, y su tia que se hallaba casi en el umbral, la sorprendió, abrazándola antes de articular una sílaba.

Clotilde se había marchado discretamente.

En los primeros momentos, Victorina continuó en los brazos de su tia, sin darse cuenta de nada; mas cuando se desprendió de ellos y fijó su mirada en el traje de doña Clara, lanzó un grito de dolor que parecía se le acababan todas las fuerzas en él.

Doña Clara vestía luto riguroso.

—Cálmate, hija mia—exclamó—hay que aceptar los decretos de la Providencia. Para ver sufrir á tu padre, más grato debe serte el que descanse en el seno del Señor. Ten la satisfacción de que ha muerto rodeado de cuidados.

Victorina, un poco repuesta, preguntó:

—¿Ha tenido buenos médicos? ¿Le conocieron la enfermedad?

—Sí, hija mia, le ha visitado el doctor Héctor Albertini, que es uno de los mejores de aquel país.

—¿Le hizo la auscultación?

—No se descuidó de nada, yo presencié los análisis que le hizo al pecho, sirviéndose de un instrumento que los médicos llaman hestetoscopio.

—¿Qué síntomas se observaron en la enfermedad?

—Se complicaron varias cosas: padeció un catarro bronquial, que concluyó con una *hemorragia* pulmonar.

—¿Ha padecido mucho?

—No, afortunadamente; la enfermedad fué siguiendo su curso con gran rapidez, y ésto le hizo padecer menos.

—¿Se acordó mucho de mí?

—Estaba privado con bastante frecuencia, pues el cerebro se le debilitó; mas en sus momentos de lucidez, te llamaba cariñosamente.

—¿Y en sus últimos momentos?

—Perdió el conocimiento.

—¿Tuvo estertor?

—Muy poco.

—¿Quién se encargó de los funerales?

—El doctor Albertini. Hizo por tu padre lo que hubiera hecho por un hermano: habían simpatizado mucho.

Al partir, le pagué los gastos de defunción, cuya cuenta me presentó, y le regalé un estuche de instrumentos quirúrgicos, montado en plata y oro.

¿Te parece bien que le haya hecho ese obsequio por sus buenos servicios?

—Cuanto usted dispone me parece bien.

—La enfermedad de tu padre ha originado muchos gastos, así es que durante ella se han agotado casi todos los fondos.

La cantidad que ha quedado la tengo en mi poder para entregártela cuando quieras disponer de ella.

—No me hable usted de semejante cosa.

¿Se ha enterado usted por mi carta de la conducta de mi marido?

—Estoy al corriente. ¿Dónde se halla ahora?

—En París.

—¿Con qué objeto?

—Lo ignoro.

—Así te deja tranquila.

—Pero el mundo critica ese abandono en que me deja.

—Le criticarán á él.

—No lo crea usted, tia; los hombres, que culpan siempre á la mujer, creerán que merezco su desprecio.

—No les hagas caso.

—¡Ay! tia; los hombres hacen y deshacen la reputación de la mujer; así es que muchas veces depende nuestro honor de la opinión de ellos.

—¡Triste es ésto! Tu marido se divertirá mucho en ese París que tanto ama, mientras lloras tú.

—No sé lo que hará: los criados llevaban muchas cartas suyas al correo, dirigidas á una mujer llamada María de las Nieves. Mi doncella vió un retrato de esa mujer, y la encontró muy hermosa.

—Será alguna querida del conde.

—Se me resiste creerlo; es muy joven, y me parece imposible que haya bajado tan pronto esa niña á los abismos del vicio.

—Hay mucha corrupción en París.

—Sea lo que fuere, me inspira gran compasión esa joven.

—Por los criados del conde podías haber averiguado quién era, apoderándote de la correspondencia.

—Mal me conoce usted, tia Clara; los asuntos de mi marido no me preocupan; mas aunque estuviera celosa de él, no me valdría de los criados para investigar lo que mis celos me dictaran.

El amo que pone negocios privados en las manos de un criado, se hace esclavo de él.

Esas gentes no tienen cariño á nadie; se venden al que paga mejor.

—Piensas con mucha cordura; mas si hubieras estado apasionada de tu marido, te hubieras valido de esos medios y tal vez de otros peores.

—Tia, cuando usted quiera descansar podrá tomar posesión de una de mis habitaciones, que por lo retirada le agradará: desde que me anunció usted su venida, se la he destinado.

—Si no te molesta, condúceme á ella; deseo descansar.

—Es verdad, tia mia; hablando de mi pobre padre y de mis recientes infortunios, me he olvidado de usted.

Perdóneme; el dolor nos hace desatentos, egoistas, fríos, indiferentes á las penas ajenas.

Victorina instaló á doña Clara en el cuarto preparado al efecto, y le puso una de sus doncellas á sus órdenes.

No queremos molestar vuestra atención que tanto estimamos, amados lectores, bosquejando la habitación que ocupó la tia de Victorina.

¿Habeis visto el cuarto de una beata?

Suponemos que sí, y en este caso ya conoceis el de doña Clara.

Los cuartos de las beatas se asimilan entre sí como los tocadores de las coquetas.

No os asuste el contraste; la coquetería tiene también sus reliquias.

VII

Mario volvía á frecuentar el palacio del conde de Champ-Fleury diariamente.

La condesa recibía siempre al poeta-pintor en compañía de doña Clara.

La beata, que amaba muchísimo á su sobrina, y que apreciaba al poeta-pintor bastante, dejaba sus trisagios y se hacía sociable para presidir aquella tertulia de *dos*, accediendo á los ruegos de Victorina.

Ésta, cuando se veía acompañada por su tia, se creía á cubierto de la murmuración y libre de la maledicencia.

El poeta-pintor continuaba apasionado cual siempre le hemos visto en el trascurso de nuestra narración.

Le hacía la corte á Victorina, valiéndose de hipótesis y metáforas que doña Clara no entendía.

La condesa dominaba sus sentimientos; su virtud sofocaba su amor, y aun que experimentaba las más vivas emociones, no las dejaba asomar á su rostro.

Su lucha era más terrible que la que sostenía la hermana de Ricardo I, rey de Inglaterra, entre su amor y la religión de Malek-Adhel.

Sin embargo, la condesa permanecia siempre victoriosa.

El conde no se comunicaba con su esposa.

En todos los altos círculos se hablaba del divorcio de los condes, como de una cosa cierta.

Una noche se hallaba Mario en un casino leyendo los periódicos, y varios jóvenes le interrumpieron, diciéndole:

—¿Dónde te metes, querido Mario?

—Ya lo veis, voy á todas partes.

—Parece que te adhieres demasiado á la aristocracia.

—Cual tengo por costumbre.

—Hoy más que nunca.

—Eso no es exacto: bien sabeis que siempre he frecuentado aristocráticos salones.

—Los poetas sois mariposas de salón, pero según dicen, revoloteas constantemente hacia el mismo centro.

—¡Mariposas! ¿Y por qué nos llaman mariposas?

—Porque vais absorbiendo el jugo de distintas flores.

—El poeta se posa sobre la corola de una arrogante dalia y la encuentra sin perfume, gira en torno de una rosa y se hiere en sus espinas, hasta que vagando de flor en flor, encuentra una que logra parar su inconstante vuelo.

—Luego te has fijado ya.

—No, la suerte adversa se opone á ello.

—El mundo te supone muy afortunado.

—Los juicios del mundo valen poco.

Yo he encontrado en mi camino un alma gemela de la mia; somos dos flores de un mismo tallo; pero el huracán nos separa, arrastrando nuestras hojas por la arena y envolviéndonos en furiosos torbellinos.

—No seas hipócrita, todos sabemos que no te desdeña la dama de tus pensamientos.

—¡Ojalá fuera verdad lo que decís!

—¿No te es fiel tu amada?

—A mí no me ama ninguna mujer.

—¡Cuán modesto eres!

—Es la realidad; cualquiera consigue esos amores comunes, fáciles y amanerados; pero el amor de una mujer distinguida, el amor de una mujer de talento, que tanto tiempo busco incansablemente, ese no lo he podido encontrar.

—¿Y la condesa de Champ-Fleury?

—La condesa me ha rechazado bruscamente.

—Sin embargo, la visitas casi todos los dias.

—La condesa, que tan terminantemente me niega su amor, me distingue con una amistad sincera y franca.

—Cuán peligrosas son esas amistades.

—¿Por qué?

—Porque de la amistad que te concede, no hay más que un paso al sentimiento que te inspira.

—La condesa no dará ese paso jamás, estoy plenamente convencido.

—El terreno es resbaladizo.

—La condesa se sostiene á pie firme en ese terreno.

—La mujer es débil, y su planta vacila á cada instante en ese camino.

—La condesa es fuerte, y no atraviesa las sendas que le veda el deber.

—Se dice que para tí rompe su severidad.

—¡Mentira, mentira ruin, la condesa no me ha hecho la más leve concesión!

—La defiendes como un caballero de la Edad Media.

—No necesita defensa; el que dude de sus virtudes, es un villano.

—El caso es que está divorciada de su marido.

—Falso, muy falso: yo trato á esa familia con mucha confianza, y conozco sus interioridades.

El conde está en París, donde va frecuentemente por negocios suyos.

—¡Entonces la condesa queda libre!

—La condesa vive con una parienta de su madre, señora muy respetable, que vela por ella con amor maternal.

—Yo sé más que ustedes—añadió un tercero—he sabido por un íntimo amigo del conde, que hallándose éste un dia en un café tomando un ponche, oyó á varios jóvenes que se ocupaban de una mujer, se fijó un poco, y observó que la mujer en cuestión era la suya. Marchó á su casa desatinado, y dicen que insultó á la condesa; esta señora quedó privada, permaneció algunos dias en cama sufriendo vértigos y parasismos, y cuando recobró el dominio de sus facultades mentales, escribió al conde una carta muy fuerte, el conde no le contestó, y se fué á París sin despedirse de ella.

El conde no se ha cuidado de lavar la mancha caida en la honra de su mujer, pues, según las crónicas, está entretenido en París con algo más interesante para él que su honra. Él cree culpable á la condesa, y la desprecia sin más averiguaciones.

Continuará.

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

Francisca Prevost, *Prima donna soprano absoluta ligera del Teatro Nacional.*—Jamás había venido á México una cantatriz de ópera italiana que poseyera tan gran talento artístico. Hemos admirado á la Prevost en *Lucia* y *Traviata*, y no podemos decir en cuál de estas dos obras raya á mayor altura. Algunos periódicos han dicho que esta artista imitaba á Sarah Bernhardt: nosotros podemos afirmar, por habérnoslo dicho la Prevost, que jamás ha tenido la fortuna de ver á la trágica francesa. Francisca Prevost debe á la naturaleza más que al estudio sus eminentes facultades dramáticas; todos sus rasgos de genio son creaciones, pues ella no copia á nadie: un observador puede comprenderlo si se fija en los naturales movimientos de esta artista cuando se halla en escena. Identificada con el papel que representa, sintiendo con la protagonista de la obra, olvidándose del público por completo, ¿cómo no ha de arrancar lágrimas á los ojos de éste si brillan en los suyos? Todo le ayuda, hasta su temperamento nervioso: no vacilamos en afirmar una vez más que Sarah Bernhardt y la Prevost son las mejores intérpretes que ha tenido la obra de Dumas. Trescientas veces ha representado la artista que hoy admira México el interesante tipo de Margarita Gauthier. Francisca Prevost es inglesa: hizo sus estudios en Londres con el maestro José Caravoglia, pisando por vez primera la escena en Malta, con éxito extraordinario: ha cantado en Milán, Roma, Génova, Venecia, Madrid, Valencia, Lisboa, Austria, Rusia y Rumanía, habiendo tenido en todas partes un éxito brillante. Su repertorio es numeroso, pero su obra favorita es *Traviata*, en la que tantos aplausos acaba de conquistar en México. Dícenos la simpática artista que está muy contenta entre nosotros, agradeciendo el afecto que aquí le han demostrado.

Alejandro Casarín.—Pocos artistas poseen talento universal, pues por lo común el artista descuella en género determinado. No sucede así con Casarín, que cultiva todas las bellas artes con talento extraordinario. Él pinta, escribe, toca varios instrumentos musicales, hace estatuas y copia perfectamente lo mismo un vaso jónico que una ánfora romana, lo mismo un jarrón pompeyano que un jarrón de kaolin. En sus excelentes facultades intelectuales hay algo del genio de Miguel Angel, al cual denominaban cuatro almas sus contemporáneos. Alejandro Casarín es discípulo de Maissonier, el elegante autor de esas pequeñas tablitas *tan grandes* en el mundo del arte: pequeñas eran las estatuitas de Pradier, y han ocupado un primer puesto en los museos. El ático estilo de Casarín, su fresca inspiración, la gracia de su pincel, brillan en el género cómico, siendo inspirada manifestación de ésto los admirables frailes á que da vida su rica paleta y que causan la hilaridad de quien los contempla. Nosotros, que hemos tenido el gusto de admirarlos en su estudio, estamos sintiendo todavía la fascinadora impresión que nos causaron, especialmente el cuadrito que con suma gracia lo titula su autor *El do de pecho*. Como Ticiano y Rubens, posee el secreto del colorido, y recientemente ha dado muestra de ello en los frescos de Chapultepec y del Palacio del General Pacheco. *El Album de la Mujer*, que se complace en presentar ante Europa el mérito de los mexicanos, se engalana hoy con el retrato del inspirado émulo de Apeles, hijo de esta culta nación.

Teatro Tacón de la Habana.—Cábele la gloria al distinguido catalán, Excelentísimo Sr. D. Francisco Marty y Torrens, de haber construido uno de los primeros teatros de América, invirtiendo en este edificio más de cuatrocientos mil pesos. Cooperó á esta grandiosa obra el Capitán General D. Miguel Tacón, que gobernaba la Isla de Cuba en el año 1873. El Teatro Tacón, que puede contener más de tres mil personas, está alumbrado por 1,034 quemadores de gas; el decorado se compone de 751 telones, bastidores, bambalinas, etc.; la sala de armas posee 605 piezas de diferentes clases; el guardarropa tiene 13,787 trajes; los muebles y útiles para el arreglo de la escena suben á 780; el archivo contiene más de 1,200 libretos de óperas, tragedias, zarzuelas, dramas, comedias y juguetes cómicos, aparte de un crecido número de piezas de música para canto, piano, orquesta y banda militar.

Una visita á San Juan de Teotihuacán.—Los Sres. Waecker Gotter y Partiott, Ministros respectivos de Alemania y Francia, son ilustrados é incansables excursionistas. Entusiastas por la historia mexicana, la buscan en sus ruinas, como el antiguo pueblo egipcio; pues es indudable que la arqueología, antropología y paleontología, son el verdadero cimiento en que debe apoyarse la historia. Ultimamente fueron ambos Ministros á Teotihuacán, acompañados del inteligente arqueólogo mexicano Leopoldo Batres.

Hállase el Ministro de Alemania sentado y descansando el brazo sobre la pirámide, y el Ministro de Francia en pie al lado del arqueólogo, que está entre ambos. Las pirámides de Cholula y Teotihuacán son los monumentos más antiguos de México. Teotihuacán, cuyo nombre quiere decir *habitación de los dioses*,[1] fué una ciudad floreciente, rival de Tula, la gran ciudad tolteca, que aventajó á la corte de Tollán.[2]

Las dos pirámides principales estaban dedicadas, la una á Tonatiuh y la otra á Meztli, es decir, al sol y á la luna; la primera es mayor que la segunda, midiendo aquella 180 pies de altura; estaba dividida en cuatro tramos, de los que aún se ven tres, pero las gradas que separaban al uno del otro, han sido destruidas por el tiempo; el interior es de cal y guijarros, y la cara exterior tiene una capa de la piedra llamada *tetzontli*, que abunda en las canteras inmediatas. Una costra de estuco de color rojizo, como el que cubre las ruinas del Palenque, envuelve estas ruinas, que según una tradición están huecas, pero que hasta hoy han sido infructuosas todas las tentativas hechas para descubrir la cavidad de la pirámide del sol. En la de la luna se ha encontrado un agujero en la cara meridional, á dos tercios de altura; dicho agujero forma una galería estrecha en la cual penetraron Latrobe y sus compañeros de viaje. El ilustrado arqueólogo francés Mr. Charnay hizo algunas excavaciones en Teotihuacán, aunque han sido más profundas y más importantes las del arqueólogo mexicano.

1 Prescott.
2 Veytia.